CATECISMOS HISPANOAMERICANOS
DEL SIGLO XVI
(Nuevos estudios y ediciones)

JOSEP-IGNASI SARANYANA

A finales de 1984, la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Argentina «Santa María de Buenos Aires», tan ligada al quehacer teológico argentino del último medio siglo, publicaba el primer volumen de los *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, proyecto al que su editor, el Pbro. Dr. Juan-Guillermo Durán¹, viene dedicando muchos años de investigación, en el silencio de las mejores bibliotecas latinoamericanas y europeas.

En efecto: el Dr. Durán, que es actualmente Profesor de Historia Eclesiástica en la Facultad de Teología de la UCA, llevaba ya tiempo con su tesis doctoral en Sagrada Teología, cuando en 1978 pudo presentarla a la pública lectura. Era ésta una extensa monografía sobre el Catecismo de Santo Toribio de Mogrovejo, la cual vió la luz al cabo de cuatro años, con ocasión del cuarto centenario del III Concilio Limense². La calidad de aquella monografía, oportunamente refren-

1. Juan Guillermo DURÁN (ed.), *Monumenta Catechetica Hispanoamericana (siglos XVI-XVIII)*, Ediciones de la Facultad de Teología de la UCA, Buenos Aires 1984, vol. I (siglo XVI), 744 pp., 18 x 25.

2. Juan-Guillermo DURÁN, *El Catecismo del III Concilio Provincial de Lima y sus complementos pastorales (1584-1585). Estudio preliminar. Textos. Notas*, Publicaciones de la Facultad de Teología de la UCA («Estudios y Documentos», 5), Buenos Aires 1982, 532 pp., 15,5 x 22,5. Como se sabe, con ocasión del cuarto centenario de la impresión de este catecismo, primer libro dado a las prensas en el Virreinato del Perú, ha aparecido en Lima una reimpresión facsímil de la edición príncipe (Petroperú, Lima 1985), y otra en Madrid (que es el ejemplar conservado en Cuenca, reproducido en el «Corpus Hispanorum de Pace» del CSIC); y ha tenido lugar un solemne Acto Académico en Madrid, organizado por la Junta Episcopal para la Celebración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América (Madrid, 10 de febrero de 1986). Citaré las Actas policopiadas de este «Acto Académico cele-

dada por el Padre Cayetano Bruno S. D. B., Miembro de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina³, era un buen augurio para el proyecto que maduraba el Prof. Durán, y había supuesto un afortunado ensayo general, no sólo metodológico, sino también de práctica paleográfica y archivística, y de familiarización con la principal bibliografía histórico-catequética: en definitiva, la puesta a punto de una técnica de investigación apropiada, con vistas a su proyecto de *Monumenta Catechetica Hispanoamerica*. Después vinieron los viajes por distintas bibliotecas y archivos americanos y europeos: Bibliotecas Nacionales de México, Bogotá, Lima, Santiago de Chile (Fondo Toribio Medina), Madrid y París; los Archivos de Indias (Sevilla) y Archivo Secreto Vaticano; y las Bibliotecas Bartolomé Mitre (Buenos Aires), Palafoxiana de Puebla de los Angeles (México), y el Museo de Historia y Arqueología de la Ciudad de México. Ahora, al cabo de seis años de trabajo, ha podido publicar el primer volumen de los *Monumenta* —que contiene las obras de seis autores del siglo XVI y un estudio de los catecismos pictóricos o ideográficos de los primeros años de la Evangelización en América— y prometer la pronta edición de otro volumen. Este segundo libro completará el siglo XVI, pues faltan en el primero algunos materiales tan relevantes como, por ejemplo, el Catecismo del III Limense —ya publicado por Durán, pero en monografía aparte— y otros menores que le precedieron, y el Catecismo de Zapata Cárdenas (éste último, pieza imprescindible para estudiar el clima teológico-catequético del fallido Sínodo de Santa fe). Quedan para más adelante los demás tomos, en los que reeditará los instrumentos catequéticos de los siglos XVII y XVIII.

Entre tanto, la *Konziliengeschichte*, que con tanta fortuna dirige el Prof. Walter Brandmüller (Universidad de Augsburgo), publicaba el tomo correspondiente a los Concilios provinciales de México, con una importante información sobre los esfuerzos evangelizadores novoespañoles, que fueron testigos de los primeros catecismos hispanoamericanos⁴. Y en tierras españolas, el Instituto Pontificio Teológico de Alcobendas (Madrid), regentado por los PP. Dominicos de la Provincia del Santísimo Rosario, daba a luz dos destacables trabajos sobre

brado en la Sede de la Conferencia Episcopal Española, con ocasión de la publicación del 'Catecismo Limense' clave de la Evangelización de América», con las siglas *Acto Cat Lim*, seguidas de la página.

3. Cayetano BRUNO, autor de una impresionante *Historia de la Iglesia en Argentina*, en 12 volúmenes (Buenos Aires 1966-1981), es el patriarca de la historiografía eclesial argentina.

4. Willi HENKEL, *Die Konzilien in Lateinamerika*, Teil I: *Mexiko 1555-1897*, con una introducción de Horst Pietschmann, Ferdinand Schöningh, Paderborn-München-Wien-Zürich 1984, 272 pp.

los primeros materiales catequísticos del siglo XVI⁵. Estas dos iniciativas editoriales, amén de la reedición fotomecánica de las actas de los sínodos diocesanos hispanoamericanos, promovida conjuntamente por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid) y la Universidad Pontificia de Salamanca⁶, suponen una estupenda preparación del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América.

1. *El primer tomo de los «Monumenta Catechetica Hispanoamericana»*

a) En 1544 salía de las prensas de Juan Cromberger —célebre impresor de Sevilla que había enviado a México una imprenta con todos los útiles necesarios—, patrocinada por el Arzobispo Fr. Juan de Zumárraga, la primera edición de la *Doctrina Cristiana* de Fray Pedro de Córdoba. No fue el primer catecismo impreso en tierras americanas —pues del mismo año datan, según información de García Icazbalceta, las traducciones castellanas del catecismo de Juan Gerson, del manual litúrgico de Dionisio Rickel, y de un catecismo del propio Juan de Zumárraga⁷—; pero, puesto que el de Zumárraga se ha

5. Jesús A. BARREDA, *Ideología pastoral y misionera en Bartolomé de Las Casas*, Instituto Pontificio de Teología, Madrid 1981, 200 pp. (recensión de Ph. I. André-Vincent, en *ScrTh* 15 [1983] 322-324; y de J. C. Martín de la Hoz, en «*Ius Canonicum*», 44 [1984] 464-466), que es un comentario al *De unico lascasiano*; y Miguel Ángel MEDINA, *Una comunidad al servicio del Indio. La obra de Fray Pedro de Córdoba O. P. (1482-1521)*, Instituto Pontificio de Teología, Madrid 1983 (recensión de J. C. Martín de la Hoz, en *ScrTh* 16 [1984] 968-970), que es una exposición histórico-descriptiva de la *Doctrina Christiana* de Fray Pedro.

6. Antonio GARCÍA Y GARCÍA, Horacio SANTIAGO-OTERO (eds.), *Sínodos Americanos: I. Sínodo de Santiago de Cuba 1681*, Madrid-Salamanca 1982; II. *Sínodos de Santiago de Chile 1688 y 1763*, Madrid-Salamanca 1983; III. *Sínodo de Concepción (Chile) 1744*, Madrid-Salamanca 1984 (recensiones de J. C. Martín de la Hoz, en *ScrTh* 15 [1983] 1029-1031; 17 [1985] 349-350 y 718-720), que son reimpresiones fotomecánicas de las ediciones príncipes conservadas en el Fondo Lamberto de Echevarría (Universidad de Salamanca).

7. Según el ilustre bibliógrafo mexicano, el primer libro impreso en México fue: *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana...*, en 1539. En 1544 apareció la *Doctrina breve muy provechosa de las cosas que pertenecen a la fe católica...* Estos dos catecismos, muy breves, como indican los títulos, fueron compuestos: por mandato del Obispo Juan de Zumárraga el primero, y el segundo por el propio Obispo. Pero no deben confundirse con la *Doctrina breve, traducida en lengua mexicana, por el padre fray Alonso de Molina de la orden de los menores*, que se terminó de imprimir el 20 de junio de 1546, cuatro meses antes de que terminara la Junta eclesiástica de México, que habría de adoptarla como «doctrina breve», mientras que la «doctrina larga» sería la edición bilingüe de la *Doctrina* (1548) de Fray

perdido, el de Pedro de Córdoba es el más antiguo redactado en América que se conserva. (No entran en mi consideración los catecismos pictóricos).

Ha sido reimpresso en edición facsímil por Emilio Rodríguez Demorizi, en Ciudad Trujillo (Santo Domingo), con ocasión del centenario, es decir, en 1945. Hubo una segunda edición, impresa en México por los sucesores de Juan Cromberger, que data de 1548, importante por las revisiones que introduce con relación a la primera, y por ser bilingüe, es decir, escrita en castellano y náhuatl. De esta segunda existe también una edición facsímil, en la Colección Incunables Españoles (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1944). Hubo, por último, otras dos ediciones de la edición bilingüe de 1548, en 1550. Interesa destacar que las ediciones de 1548 y 1550 son bilingües: castellano y mexicano (náhuatl), y que dividen el texto por sermones, mientras que la primera se estructura en catorce artículos de la fe (siete referentes a la Divinidad, y siete correspondientes a la Humanidad de Cristo), más los diez Mandamientos, los siete Sacramentos, las obras de misericordia espirituales y corporales, y una adición doctrinal bastante larga al final del catecismo.

El origen de esta primera pieza catequística hispanoamericana, editada por Durán en sus *Monumenta*, en la versión de 1544 (aunque transcrita en castellano moderno), con una excelente introducción, es incierto. Juan Guillermo Durán se inclina por la tesis de Miguel Angel Medina (cfr. nota 5), que podría formularse en los siguientes términos: La *Doctrina Cristiana* se remontaría a la labor en equipo de la primera comunidad dominica llegada a La Española, donde trabajaba desde 1510, pues tenemos constancia de un primer sermón en el día de Todos los Santos de ese año, pronunciado por el Prior, Fray Pedro de Córdoba, en Concepción de la Vega. A raíz de aquellos primeros contactos pastorales con los indios, los dominicos habrían decidido un plan catequético general, en forma de sermones cuidadosamente preparados. Al morir Fray Pedro, los guiones para la predicación habrían sido usados por los otros frailes, y llevados a México por Fray Domingo de Betanzos. Allí, los dominicos y franciscanos habrían sentido la necesidad de aunar esfuerzos, para lo cual los dominicos habrían aportado sus guiones catequéticos, mientras que el franciscano Juan de Zumárraga, Arzobispo de México, se habría encargado de la financiación. Así pues, de ser cierta la hipótesis del P. Miguel Angel Medina, este catecismo sería fruto de la labor de predicación de los

Pedro de Córdoba. Véase la abundante información ofrecida por Joaquín GARCÍA ICAZBALCETA, *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600*, Fondo de Cultura Económica, México 1954, pp. 57-71.

primeros dominicos llegados a Nueva España y al Caribe. De todas formas, el texto primitivo de los sermones habría sido modificado, antes de entrar en prensa, con una serie de adiciones, que Medina denomina «adiciones mexicanas», fácilmente reconocibles por las alusiones a las prácticas religiosas y costumbres de los pueblos aztecas, y que Durán publica desgajadas del texto. También la división del texto habría sido cambiada. Hasta aquí, Medina.

Al cabo de cuatro años, es decir, en 1548, quizá a la vista de los resultados pastorales concretos, los editores decidieron volver a la primitiva estructura, en forma de sermonario de carácter narrativo; y aprovecharon tal ocasión para corregir algunos pasajes, que doctrinalmente eran menos seguros. Al menos, tal es la hipótesis de María-Graciela Crespo Ponce⁸, después de controlar las supresiones de la edición de 1548: falta, por ejemplo, buena parte de las explicaciones del segundo artículo de la fe, donde los editores de 1544 comparaban —a mi parecer, con poca fortuna— la unidad de esencia divina, con la unidad de los hombres en la única esencia humana.

Durán agota, a mi entender, el análisis histórico-bibliográfico de este catecismo. Falta, sin embargo, a pesar del esfuerzo de Medina (cfr. nota 5), el *estudio teológico* complejo. Y, puestos a señalar algunas pistas para este estudio, quizá sería bueno prestar atención a su particular doctrina sobre la «necesidad de medio» del bautismo sacramental —quizá en el contexto de la polémica entre franciscanos, dominicos y agustinos sobre el ritual y la preparación para el bautismo—; o quizá tener en cuenta la interesante concepción antropológica insinuada al exponer la naturaleza del alma, quizá próxima a las tesis platonizantes; o el modalismo (?) de su teología trinitaria (la Trinidad se compara a una tela con tres dobleces); etc. También valdría la pena analizar las larguísimas adiciones al segundo artículo de la Humanidad de Cristo (noveno del Credo), introducidas por la edición de 1548: en este sermón número doce se relata detalladamente la vida de Cristo, cosa que se echaba de menos en la edición de 1544. Pero, la pregunta surge espontánea: ¿por qué tanto énfasis ahora en la vida de Jesús? ¿Será que los misioneros habrían caído en la cuenta de que lo específico cristiano, que es la Encarnación (por supuesto, con la Trinidad), al tener una historia narrable, era más accesible a los aztecas, y quizá señalaba más claramente las diferencias entre sus creencias y el credo católico? ¿O quizá porque la misericordia divina, tan patente en el misterio de la Encarnación, hacía más atrayente la

8. Cfr. María-Graciela CRESPO PONCE, *Estudio histórico-teológico del catecismo titulado «Doctrina Cristiana», atribuido a Fray Pedro de Córdoba (+1521)*, tesis doctoral, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, Pamplona 1986.

predicación misional, por contraste con el panteón azteca tan extraordinariamente cruel? ¿O serán simplemente restos de representaciones teatrales de los grandes temas de la Historia de la Salvación, al modo de los «misterios medievales»? (Pienso, por ejemplo, en la hermosa descripción del encuentro entre Jesús resucitado y su Madre Santísima, tal como nos lo narra la edición de 1548).

De especial importancia teológica es el apéndice [3], publicado por Durán bajo la rúbrica: «Otras verdades cristianas», dedicado a explicar la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, que no es en absoluto de inspiración erasmista, como se podría pensar si diéramos pábulo a las famosas hipótesis de Marcel Bataillon, sino estrictamente paulino, y frecuente en la literatura española espiritual del siglo XV, de ambiente polémico judaico-cristiano⁹.

* * *

b) Durán publica también el texto de los *Coloquios de los Doce Apóstoles*, obra del franciscano Fr. Bernardino de Sahagún, redactados a partir de muchos papeles y memoriales, que Sahagún tenía, como nos dice en el prólogo, y que comenzó a ordenar y a poner por escrito a partir de 1536, y no pudo terminar hasta 1564, en México. Esta obra está incompleta, si nos atenemos al plan detallado que Fr. Bernardino expone en el prólogo, pero lo poco que se conserva tiene un altísimo interés de carácter antropológico-religioso. Es bien conocida la erudición de Bernardino de Sahagún en cuestiones etnográficas relativas a los aztecas. Todo ello queda reflejado en unos coloquios, que son como las crónicas de las conversaciones que mantuvieron los primeros doce misioneros franciscanos llegados a Nueva España desde la Metrópoli, en 1524, con los sátrapas de aquellas tierras. Tales coloquios tuvieron lugar a los pocos días de establecerse en México capital, y fueron de mucho fruto apostólico. La versión es bilingüe (castellano-náhuatl), pero Durán —pienso que con buen criterio— ofrece sólo el texto castellano, pues basta éste para trabajos teológicos.

En mi opinión, el estudioso puede lícitamente cuestionar la historicidad de estos diálogos, que Sahagún pone en boca de los primeros doce franciscanos y de los sátrapas. ¿No serán, más bien, una ficción literaria? Este desarrollar los argumentos apologeticos y sus dificultades como si hubiesen sido dichos por unos interlocutores, ¿no recuerda demasiado el género apologetico del siglo II, o los opúsculos de los

9. Cfr. Ildefonso ADEVA, *El Maestro Alejo Venegas. Su vida y su obra*, tesis doctoral, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, Pamplona 1982, pp. 640 ss.

apologistas medievales, tales como Ramón LLull, por citar sólo un caso, tan próximo, por otra parte, a la familia franciscana? No entiendo que sea inadmisibile mi hipótesis, sobre todo si tenemos en cuenta que el mismo Sahagún, en su *Breve compendio de los ritos idolátricos de Nueva España*, habla también de doce libros, que ha compuesto consultando a los principales aztecas (¡en número de diez o doce!) de Tepepulco, cosa que dice haber repetido en Tlatetulco y en México¹⁰.

La primera publicación de estos fragmentos data de 1924, cuando el benemérito franciscano Fr. José María Pou y Martí los dio a conocer en *Miscellanea Ehrle* (vol. III). El estudio preliminar del Pou es la fuente principal de información sobre la vida de Fr. Bernardino. No obstante, Durán, y es preciso consignarlo aquí, ha transcrito de nuevo el texto, a partir del mismo manuscrito vaticano usado por Pou, y ofrece, en un colofón, las lecturas en que discrepa de Pou, que son mínimas.

El plan original de Bernardino de Sahagún era muy ambicioso, e ignoramos si pudo llevarlo a la práctica totalmente o en qué medida. Como nos dice él mismo en el prólogo, los *Coloquios* habrían debido tener treinta capítulos, de los cuales sólo se conservan trece y poco más. También se había propuesto preparar un catecismo, que se ha perdido. Asimismo había ideado escribir la historia de las primeras conversiones de los indios, pero abandonó este proyecto, porque Fray Toribio de Benavente (Motolinia) ya había terminado su *Historia de los indios de Nueva España*¹¹. Finalmente pensaba redactar una cuarta parte, consistente en una declaración o postilla de las dominicas del ciclo litúrgico, que no ha llegado a nosotros. Sin embargo, y para nuestro consuelo, tenemos los índices de los proyectados treinta capítulos de los *Coloquios*, y de los veintiún capítulos del Catecismo.

Es curioso constatar, cuando se leen paralelamente el prólogo de estos *Coloquios* y el primer sermón o prólogo de la *Doctrina cristiana* de Fray Pedro de Córdoba, que se publicó cuando Sahagún comenzaba a recopilar sus materiales, que las discrepancias metodológicas son importantes. Ambos comienzan con una autopresentación del predicador, redactada en primera persona del plural. Pero, mientras que la *Doctrina* es más bien parca, pues simplemente comenta que los pre-

10. Cfr. la edición preparada por Livarius OLIGER, con una amplia introducción, en «Antonianum», 17 (1942) 3-38, 133-174.

11. FRAY TORIBIO DE MOTOLINIA, *Historia de los indios de Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrias y sacrificios de los indios de Nueva España y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*. Estudio crítico, apéndices, notas e índices de Edmundo O'GORMAN, Editorial Porrúa, México 1969. Existe una edición más moderna, preparada por Cladio ESTEVA, en «Crónicas de América», Ed. Historia 16, Madrid 1985.

dicadores vienen de lejos a enseñarles verdades muy importantes y bellas, y pasa enseguida a tratar del cielo y del infierno, antes de comenzar la predicación de los artículos de la fe; el prólogo de los *Coloquios* se detiene en señalar los cuatro «fundamentos» —así los denomina— en que debe apoyarse la predicación. Y son tales fundamentos, en opinión de Sahagún: que los predicadores son enviados por Dios; que no les guía, por tanto, ningún interés temporal; que la doctrina que les van a predicar viene del cielo, y está contenida en las Sagradas Escrituras (amplio desarrollo doctrinal, extremadamente curioso, sobre la naturaleza de la Revelación); y que en la tierra hay un reino, que se llama Reino de los cielos (sic), el cual es regido por Dios, que habita en los cielos, y por su Vicario en la tierra, que es el Romano Pontífice. (La concepción de la Iglesia como Reino-de-Dios-entre-nosotros se encontraba ya en la eclesiología de los teólogos españoles de mediados del XV, por ejemplo en la *Summa de Ecclesia* de Juan de Torquemada).

Pienso que es fácil adivinar, en los distintos modos de transmitir la verdad cristiana, no sólo distinto público —uno más llano, en el caso de la *Doctrina*, y otro más ilustrado, en el caso de los *Coloquios*—, sino también una serie de problemas de carácter eclesiológico, quizá relacionados con el tema del Patronato Real; o con la exención canónica de los religiosos, que tanto preocupó a los Arzobispos de México; o con la «duda indiana», reavivada en México por la llamada conspiración de los encomenderos, que tuvo su momento álgido en 1567¹²; o por otros problemas que hayan estado muy vivos cuando Sahagún redactaba el prólogo, hacia 1564, y que era preciso aclarar a los principales de los aztecas. En todo caso, las referencias al Romano Pontífice, antes de entrar en la explicación de los artículos de la fe, son curiosas e interesantes, y pueden revelar, tanto en los *Coloquios*, como en la *Doctrina cristiana* —se hallan en el número [5] del apéndice «Otras verdades»—, una preocupación antiluterana¹³, o un esfuerzo teológico para demostrar que el Papa tiene una especial relevancia, en virtud de la cual goza de potestad para disolver los matrimonios no sacramentales¹⁴. Asimismo, sorprende comprobar que Fr.

12. Cfr. Demetrio RAMOS, *La solución de la corona al problema de la Conquista, en la crisis de 1568: Las dos fórmulas derivadas*, en VV. AA, *Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca. La Ética en la Conquista de América*, C.S.I.C. («Corpus Hispanorum de Pace», XXV), Madrid 1984, 716-724.

13. Cfr., sobre los brotes de luteranismo en Nueva España, María Justina SARABIA VIEJO, *Don Luis de Velasco, Virrey de Nueva España*, C.S.I.C., Sevilla 1978, pp. 129-132.

14. Cfr. Federico R. AZNAR GIL, *La introducción del Matrimonio Cristiano en Indias: Aportación Canónica (s. XVI)*, Universidad Pontificia, Salamanca 1985, p. 17. Aznar se refiere, sobre todo, al llamado privilegio petrino, que se aplicaba desde tiempos de Pablo III (1534-1549).

Bernardino retrasa mucho la explicación del origen del mundo (hasta el capítulo sexto); mientras que Fray Pedro trata de estos temas en el segundo artículo de la fe, es decir, casi al comienzo de su catecismo.

Estos desarrollos teológicos de los *Coloquios*, a los que acabo de aludir, algunos de ellos complejos y de gran elaboración, nos descubren un opúsculo muy trabajado, una obra que revela la madurez alcanzada por la evangelización novoespañola a los cuarenta años de su comienzo —no se olvide que no hubo guerras civiles en el Norte, como las hubo, y muy perjudiciales para la causa cristiana, en el Perú—. Por el contrario, la *Doctrina* de Fray Pedro —excluidas quizá las «adiciones mexicanas»— sería realmente un testimonio de los comienzos de la evangelización. De todos formas, habría que verificar esta hipótesis también a la luz de las recidivas de la idolatría, según el tratamiento que se da a este tema en una y otra obra catequética¹⁵. En todo caso, me parece que los *Coloquios* son más bien una obra histórica de información para los misioneros, en tanto que la *Doctrina* es un opúsculo escrito para la catequesis directa. Me atrevería a señalar algunos precedentes de este género en los escritos apologéticos del siglo XIII, como son, por ejemplo, el *Pugio fidei* de Ramón Martí, la misma *Summa contra gentiles* de Tomás de Aquino, o las obras de teología controversista española del siglo XV.

* * *

c) Después edita Durán —aunque sólo en castellano— los instrumentos de catequesis escritos por el franciscano Alonso de Molina: la *Doctrina Cristiana* (1546), que puede ser el catecismo breve pedido por la Junta eclesiástica mexicana de 1546, en opinión de García Icazbalceta (cfr. nota 7), Robert Ricard y otros¹⁶; el *Confesionario Menor* (1565); y el *Confesionario Mayor* (1565), todos ellos bilin-

15. Veinte años después de los *Coloquios*, es decir, en 1583, Sahagún se mostraba preocupado por la «harta sospecha de sinceridad de su Fee Christiana», que él intentaba remediar con su *Psalmodia christiana, y sermonario de los Sanctos del Año, en lengua Mexicana* (véase el «prólogo al lector», transcrito por Joaquín GARCÍA ICAZBALCETA, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, cit., p. 323). (Cfr. nota 7).

16. Specker sostiene, basándose en Marcel Bataillon, que la *Doctrina cristiana* de Alonso de Molina es un extracto, a veces literal, de la *Suma de doctrina cristiana* del erasmista español Constantino Ponce de la Fuente, censurada por la Inquisición de Castilla (cfr. Johann SPECKER, *La predicación de la fe en la América española del siglo XVI tal como se refleja en los Concilios y en los Sinodos americanos*, en «Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica», 38[1980]75). Me pregunto si Specker estará en lo cierto. No hay duda de que el catecismo de Zumárraga de 1544 es de inspiración erasmista, y que otro catecismo

gües. Mucho interés tienen estos confesionarios, por cuando son los más antiguos impresos en Hispanoamérica, y ofrecen una riquísima documentación sobre los usos y costumbres de los indígenas. Y también son testimonio, válido para la argumentación apologética cristiana, de que existen constantes del espíritu humano, cualesquiera que sean las épocas y las culturas. ¿Quién se atreverá a decir, después de tanta bibliografía al respecto, que no hay profundas diferencias culturales entre los aztecas y los castellanos? Y, sin embargo, ¿quién podrá negar que las preguntas que se leen en estos dos confesionarios revelan unas debilidades y unos usos aztecas, semejantes en todo a los propios de los castellanos (si exceptuamos las pocas preguntas sobre la idolatría, lo cual revela que a mediados del siglo XVI, y en el Hemisferio norte, todavía no se habían producido recidivas significativas de los cultos idolátricos, o que no habían sido detectadas)? He aquí, pues, un importante argumento, ahora sólo insinuado, para entrar en el gran debate contemporáneo sobre la condición histórica, y en qué medida, de la naturaleza humana.

d) Publica también Durán, en este primer volumen, el *Catecismo o Suma Breve*, de Fr. Dionisio de Sanctis (Cartagena de Indias 1576), el *Catecismo* de Fr. Juan de la Anunciación (México 1577), y los cuatro *Confesionarios* de Fr. Juan Bautista (México 1599). Este primer volumen de los *Monumenta* contiene, además, un enjundioso estudio preliminar, titulado «Introducción General», donde se historia los principales pasos del hallazgo y evangelización del Nuevo Mundo, con una muy bien seleccionada bibliografía. Y ofrece, también, un amplio primer capítulo sobre «Los catecismos pictóricos», con excelentes figu-

—que hasta ahora no he citado— atribuido a Zumárraga, y que data de 1545, es una copia casi literal de la *Suma* de Constantino Ponce (cfr. José-Ramón GUERRERO, *Catecismos españoles del siglo XVI*, Instituto Superior de Pastoral, Madrid 1969, pp. 336-337). Pero, ¿no habrá confundido Specker el catecismo zumarragiano de 1545, con el de Alonso de Molina, que es de 1546? El hecho de que en 1573 el Inquisidor de México decidiese retirar la edición, ya casi agotada, de esa *Doctrina cristiana* moliniana, ¿da suficiente pie para afirmar que es una copia casi literal de la *Suma* de Constantino Ponce? Juan-Guillermo Durán nada dice al respecto, cuando edita el texto moliniano (cfr. *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, I, pp. 370-371), pero queda como una hipótesis susceptible de verificación. Ricard había afirmado, además, que el catecismo de Alonso de Molina estaría basado en la *Doctrina pueril* de Ramón Llull, y muy especialmente se inspiraría en la *Doctrina* del jerónimo Fray Pedro de Alcalá (cfr. Robert RICARD, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en Nueva España de 1523 a 1572*, trad. cast., México 1947, lib. I, cap. 5).

ras y reproducciones fotográficas, y unas útiles claves interpretativas de los ideogramas.

* * *

En definitiva, una preciosa documentación, que habría resultado muy difícil de conseguir, por estar muy dispersa. Sobre ella habrán de volver una y otra vez los estudiosos de los temas americanos — teólogos, antropólogos, historiadores, catequistas, etc.—, especialmente ahora que estamos en vísperas de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento.

2. *El Catecismo de Santo Toribio de Mogrovejo*

No resulta fácil estudiar un catecismo. A veces, lo que parece demasiado obvio frustra las más fecundas líneas de investigación. Esto lo sabe cualquiera que se haya acercado alguna vez a uno de estos candorosos textos, que son un resumen sistematizado de la fe de la Iglesia. Los catecismos hispanoamericanos del siglo XVI no podían ser una excepción a esta regla que parece general. Por ello, la tesis doctoral de Juan-Guillermo Durán —centrada en el estudio de Catecismo del III Concilio provincial de Lima, presidido por Santo Toribio de Mogrovejo— se constituye, de algún modo, en prototipo de futuras investigaciones.

Consta esta monografía de dos partes bien diferenciadas. La primera de ellas, que constituye el estudio preliminar, trata el contexto histórico y hace una presentación sistemática del catecismo. La parte segunda ofrece el texto de todas las piezas catequéticas que mandó preparar el III Concilio Limense, aunque Durán las imprime sólo en lengua castellana. (El Concilio ordenó su traducción al quéchua, lengua principal del Imperio incaico, y al aymará, lengua hablada en la zona del lago Titicaca, es decir, en la Altoplanicie boliviana).

Es bien sabido que la extensión del Arzobispado de Lima era impresionante: desde Nicaragua, donde tenía la más septentrional sufragánea, la diócesis de San León de Nicaraguaga, hasta la diócesis de La Imperial (Concepción), que era la más meridional, en Chile, haciendo frontera con las tierras de los araucanos; y, por el Este, hasta el Mar del Plata, abarcando todo el actual Uruguay, parte del Sur del Brasil, media Argentina, etc. Será, pues, fácil de comprender que los obstáculos orográficos y las distancias tremendas, dificultaron mucho la celebración del III Limense, el de la efectiva aplicación de Trento en aquellas tierras.

Durán expone, con grande erudición, los preparativos del III Limense, las convocatorias frustradas (la primera de ellas en 1572), su desarrollo pormenorizado, con increíbles intrigas e insubordinaciones de los obispos sufragáneos, que probaron la fortaleza de Santo Toribio (1582-1583), y la redacción de los instrumentos catequéticos ordenados por el Concilio, su traducción al quéchua y aymará, y su publicación posterior, que también tuvo problemas con los permisos de edición. Pienso que, después de lo escrito por Juan-Guillermo Durán, muy poco podrá decirse ya de la historia genética de este Catecismo, el más importante en la historia de la Iglesia en Sudamérica, puesto que estuvo vigente hasta 1900¹⁷. Tampoco faltan las oportunas referencias bibliográficas, que enriquecen considerablemente esta monografía.

Se echa de menos ahora un estudio teológico, tanto desde el punto de vista de la Historia de la Teología como de la Dogmática. Su autor principal, el benemérito P. José de Acosta, tiene otros escritos, y no sólo la *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590), que pueden facilitar algunas pistas sobre los contenidos doctrinales del Catecismo y de los complementos pastorales del III Limense: pienso especialmente en el *De procuranda indorum salute*, verdadera joya de la Misionología, redactada hacia 1576, en plena efervescencia de la «duda indiana», que revistió caracteres especialmente angustiosos en el Perú¹⁸. Sin olvidar la probable influencia de los catecismos del Norte, puesto que, como ya he dicho más arriba, en el Arzobispado de México había ya textos catequéticos impresos desde 1539; ni la hipótesis ofrecida por el mismo Durán, siguiendo estudios del P. Enrique Bartra, de que Acosta tuviese un colaborador, el canónigo de Lima, don Juan de Balboa. (Esta hipótesis se basa en una carta, donde habla de su trabajo como redactor del catecismo y sus complementos). La utilización del Catecismo de Trento como fuente principal, siguiendo la recomendación del III Limense, está fuera de toda duda, y permite entroncar estos textos con la rica teología del Tridentino¹⁹. Finalmente, debe considerarse como probable el uso de algunos materiales

17. «(En el III Limense) se consiguió un cuerpo de textos partorales que no sólo estuvo vigente de iure, sino de facto hasta el año 1900, más allá de la frontera que separa la colonia de las repúblicas independientes» (Antonio GARCÍA Y GARCÍA, *La reforma del Concilio III de Lima (1582-83)*, en *Acto Cat Lim*, p. 15) (cfr. nota 2).

18. Vid. Pedro BORGES, *Posturas de los misioneros ante la duda indiana*, en VV. AA., *Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca. La Ética en la Conquista de América*, cit., pp. 597-630. (Cfr. nota 11).

19. El reciente descubrimiento del manuscrito original del Catecismo Romano y de una serie de documentos que acompañaron su redacción, quizá iluminen el fondo doctrinal de los instrumentos pastorales redactados por el III Limense. Vid. Pedro RODRÍGUEZ, Raúl LANZETTI, *El manuscrito original del*

catequéticos que corrían en los círculos de la Compañía de Jesús. Todos estos datos revisten un interés indudable para el estudio genético-histórico de estas piezas pastorales.

El aprovechamiento de estos materiales, y muy particularmente del *Confesionario para los curas de indios* y de los *Complementos pastorales del confesionario*, publicados en 1585 e incluidos también en este volumen, brindan la oportunidad de estudiar muy detenidamente las costumbres de los indios del Virreinato del Perú: las costumbres de los caciques, de los alguaciles, de los alcaldes de indios, de los hechiceros; los concretos ritos de sus sacrificios idolátricos, los ministros de esos sacrificios, sus fiestas, los tipos de ídolos, los sortilegios y adivinaciones, etc. Y expresan a las claras las motivaciones de la «duda indiana», a la vista de un supuesto fracaso de la evangelización, dado el mal ejemplo de los españoles y la recidiva de la idolatría: «El estudio y valoración del 'catecismo limense' parte o debe partir del diagnóstico de José Acosta sobre la crisis de la Nueva Cristiandad de las Indias»²⁰.

Pero sobre todo, y desde el punto de vista teológico, interesa el texto mismo del *Catecismo mayor*, verdadera obra maestra de la teología hispanoamericana, que en nada se parece a los catecismos del Virreinato de México, a los que supera por su calidad técnica y precisión. No tiene ninguna concesión o ambigüedades, como hemos visto en el de Fray Pedro —al menos en su primera versión de 1544—. Es breve, completo, exacto en sus formulaciones, con un esquema riguroso, ajustado a la tradición católica de las cuatro partes (Símbolo, sacramentos, mandamientos, Paternoster), que venía siendo ordenada por los concilios provinciales españoles desde comienzos del siglo XV.

Sin embargo, contiene una importante novedad sistemática, que parece de gran importancia doctrinal. El *Catecismo mayor* se abre con una introducción o parte primera, que comienza con la siguiente pregunta: «¿Qué cosa es hombre?» A la cual debe responder el niño: «El hombre, Padre, es una criatura compuesta de cuerpo que muere y de alma que nunca ha de morir, porque la hizo Dios a su imagen». A propósito de esta pregunta siguen otras ocho, en las que el niño aprende cuál es el fin del hombre (el cielo), cuál es el castigo de los malos, quién nos salva (Jesucristo, en Quien debemos creer), qué doctrina nos hace salvos, la necesidad del bautismo, la obligación de la ley moral mosaica, y la utilidad de la oración dominical. Estos temas

Catecismo Romano. Descripción del material y los trabajos al servicio de la edición crítica del Catecismo del Concilio de Trento, Eds. Universidad de Navarra («Colección Teológica», 42), Pamplona 1985.

20. Luciano PEREÑA, *Crisis de la Nueva Cristiandad de las Indias: represión y paganismo*, en *Acto Cat Lim*, p. 10. (Cfr. nota 2).

constituyen los presupuestos primeros de la fe, y son la materia del primer sermón del Sermonario limense, no publicado aquí por el Dr. Durán. ¿No es interesante que la explicación de la doctrina cristiana comience definiendo qué es el hombre; o sea, que la antropología cristiana preceda a los tratados de Deo y de Trinitate? ¿No es sugerente que el hombre sea imagen de Dios por su alma, excluyendo el cuerpo?

Llego al término de esta larga presentación. He pasado revista a los instrumentos de pastoral que el Prof. Durán ha publicado. He señalado algunas pistas para su análisis teológico, que, en mi opinión, está todavía pendiente. Pienso que ha quedado claro el interés de estos documentos hispanoamericanos del siglo XVI, no sólo para investigadores y docentes de la Historia eclesiástica del ciclo hispano-lusoamericano, sino también para los teólogos sistemáticos y pastoralistas, y para los antropólogos e historiadores de la cultura. Esperemos que el ya próximo V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América sea acicate para muchos trabajos de investigación sobre estas piezas catequéticas, que son testigos del más grande esfuerzo misional desplegado por la Iglesia Católica en la Edad Moderna, comparable —acaso lo supere— a la tarea evangelizadora de los pueblos germanos y eslavos, después de la caída del Imperio Romano de Occidente.

J. I. SARANYANA
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
PAMPLONA

Recensiones